

SECCION EDITORIAL

El Desierto de Sal

Por DIAZ RUANOVA

Cuando los romanos querían destruir a sus enemigos, salaban sus tierras de cultivo para que en ellas se perdiese toda fertilidad. Tal hicieron con los cartagineses, el pueblo vencido, que nunca pudo volver a la grandeza de sus mejores épocas. Y esta amenaza de perecer en un desierto de sal, se cierne sobre la ciudad de Mexicali, levantada sobre cadáveres de chinos, construida a pulso por esforzados mexicanos que lucharon, durante varias décadas, por sobreponerse a los rigores del Valle Imperial. Los agricultores norteamericanos, al lavar sus campos, aumentan la salinidad de las aguas que trae el río Colorado a nuestro territorio; y esta sal cada vez más abundante, sobre amenazar a las actuales cosechas, anuncia ya un desierto para los años venideros.

o o o

Sobre la pertenencia de los ríos, existen desde hace siglos derechos legales y derechos humanos. Sobraban los primeros para que los Estados Unidos se sintiesen los dueños del Colorado, puesto que la zona de captación de ese cauce está en el territorio americano. Tiene el río una longitud de 2,730 kilómetros. A lo largo de 2,540 es alimentado por aguas de las entidades de Wyoming, Colorado, Utah, Nuevo México, Nevada, California y Arizona; en unos treinta es frontera con México, y en los 160 restantes nos pertenece totalmente. Es tan notable la variación de sus escurrimientos —años de sequía y años de abundancia— que los Estados Unidos decidieron detenerlo con un sistema de presas gigantescas, entre ellas la Parker, y sobre todo, la Boulder, rebautizada más tarde con el nombre de Hoover.

Habría que hablar simultáneamente del Colorado y de otro río que también nace en los Estados Unidos. Se trata del Bravo, llamado el Grande en lo antiguo, que corre raudamente hacia el sur, hacia nuestro país; pero que al llegar a Ciudad Juárez, en vez de internarse en nuestro territorio, cambia de dirección, hacia el golfo de México, y se convierte en frontera de las dos naciones a lo largo de 2,000 kilómetros. El 65% de sus aguas le es tributado por sus afluentes de México.

A principios de este siglo, seis de las siete entidades americanas que alegan derechos sobre el río Colorado, decidieron repartirse sus aguas, no dándole a México sino los sobrantes que el río trajese hasta nuestro propio territorio. A las medidas de esas entidades se opuso la aguda visión del general Plutarco Calles, que había iniciado la construcción de vados en los afluentes mexicanos del Bravo, ya para abrir las tierras del norte al cultivo y reforzar las fronteras geográficas con fronteras humanas, creando nuevos centros de población; ya para forzar un tratado internacional de aguas y límites en el que México, al ceder un poco sus aguas del Bravo, recibiese, en compensación, una cuota justa de las aguas del río Colorado.

Como California y otras entidades

americanas no querían que el agua que riega el Valle Imperial pasase por el canal del Alamo, en territorio mexicano. Lo cual las obligaba a ceder la mitad del líquido según un viejo tratado internacional; como había el propósito egoísta de evitar el desarrollo agrícola de Mexicali, esas entidades promovieron la construcción de un canal admirable, el All American o Todo Americano, que desafiando las dunas arenosas del desierto de Yuma, conectó directamente al río Colorado con la zona de riego del Valle Imperial.

Después de muchas luchas internacionales por las aguas del Tijuana, Colorado y Bravo, el 14 de noviembre de 1944, México y los Estados Unidos firmaron un tratado que asigna a Mexicali 2,097 millones de metros cúbicos como máximo, y un mínimo de 1,850 millones en los años malos. Aparte de este gasto, a México pertenece el caudal que traiga el río, o sean los sobrantes de las presas norteamericanas. El agua puede ser entregada en el canal All American, en la presa Morelos o en la meseta de San Luis Sonora.

o o o

Formada la población de Mexicali por esforzados mexicanos que afluyeron a la Baja California, desde el norte y el centro del país; levantada en una guerra a porfía contra la inclemente naturaleza, que es muy extremosa en la prolongación del Valle Imperial; fruto de la lucha de varias generaciones que se han enfrentado a temperaturas africanas alternadas con inviernos glaciales; timbre de orgullo para México, la ciudad de Mexicali puede preciarse de ser, a pesar de su corta vida, una de las más progresistas del país. Es la que tiene mayor número de automóviles en relación con el número de sus habitantes; dato que arroja una idea clara sobre el nivel de comodidad alcanzado en esta urbe fronteriza. No se jacta de grandes construcciones por no haber, en la región, material adecuado, que ha de traerse desde muy lejos y a muy alto costo; pero en líneas generales, Mexicali ofrece al viajero una imagen de bienestar y de progreso que no encontramos en otras poblaciones de la República.

El de la salinidad de las aguas del Colorado es, para Mexicali, un problema de vida o muerte. La agricultura depende de la calidad del agua que sea entregada a México. Se habla mucho, estos últimos años, de fraternidad internacional, de programas de "alianza para el progreso"; y como los Estados Unidos han pretendido rectificar su conducta en la América de habla española y ganarse la estimación de nuestros pueblos, fuera bueno, en principio, que transigiesen en la humana exigencia de Mexicali, que quiere recibir no agua salada, para agonía de sus campos de cultivo, sino agua que los fertilice y les asegure las cosechas. De los amigos se espera ayuda, no perjuicio. Empenarse, como quieren muchos agricultores norteamericanos, en perjudicar el agua del Colorado es hacerle a nuestro país lo que Roma a Cartago: un desierto de sal.